

PEDRO TRIGO, S.J.

El mesianismo cristiano en tiempos antimesiánicos

No sabemos en absoluto cómo dará Dios cumplimiento a sus promesas; por eso ningún proyecto histórico y ninguna utopía son capaces de contenerlas, y no pueden pretender su certeza y su sacralidad.

En un artículo anterior (SIC 627, ag. 2000, 318-321) insistíamos en el carácter antimesiánico del mesianismo de Jesús. Era pertinente porque cuando la situación social es desfavorable para las mayorías y no hay en ella propuestas viables de mejora, surge en unos la tentación de prometer al pueblo que ellos van a resolver sus problemas y correspondientemente las masas se sienten inclinadas a delegar en él o en ellos su responsabilidad histórica.

Pero, si habría que prevenir contra esta tentación, es más necesario todavía proclamar que el cristianismo es indeclinablemente mesiánico en cuanto está referido a las promesas de Dios, que en Jesús se nos ha revelado como absolutamente empeñado en la realización y felicidad de los seres humanos.

En este sentido el cristianismo, en cuanto conserve algo de fidelidad a su inspiración original y en definitiva a su Señor, será siempre la religión de los esclavos que no se resignan a su yugo y de quienes tienen hambre y sed de justicia. No está muy de moda decirlo, pero por eso mismo es necesario recordarlo.

Cristianos y judíos mesiánicos

Gracias a Dios todavía quedan judíos (y esperamos que los haya mientras dure la historia) para quienes la esperanza mesiánica no fue una ilusión profética felizmente apagada por el imperio de la Tora, aceptada como suprema revelación de Dios, más allá de la cual no hay nada más que esperar. Gracias a Dios todavía quedan cristianos (y esperamos que los haya mientras dure la historia) para quienes el nombre que llevan de cristianos, es decir de mesiánicos, no es una palabra vacía

sino la caracterización de su talante vital volcado hacia la construcción de un mundo donde habite la justicia.

Es cierto, sin embargo, que la mayoría de judíos y cristianos no son mesiánicos. Creen que esta vida, más o menos mejorada, es la única vida real y posible; creen, pues, que son, más o menos, lo que Dios quiere que sean, aunque, claro está, piensen que pueden y aún deben mejorar; creen que mediante su pertenencia al pueblo de Dios, actualizada en unos ritos y en un comportamiento, tienen asegurado el acceso a Dios. Creen, pues, estar en posesión, por la misericordia de Dios, de una normalidad religiosa, antropológica y vital, y desechan como peligrosos cantos de sirena ante los que hay que taparse resueltamente los oídos, cualquier incitación mesiánica, que, piensan, acaba mostrándose siempre ilusoria y que, al desbalancear esta normalidad, acarrea inmensas pérdidas y sufrimientos estériles.

¿En qué se diferencian los judíos que viven en la esperanza del Mesías de los cristianos mesiánicos? La diferencia no está en que unos esperan al Mesías y otros creen que ya vino. Los cristianos, como los judíos, también esperamos al Mesías. Así lo dice Pedro en su discurso en el templo: "conviértanse para que sean borrados sus pecados, para cuando lleguen los tiempos del consuelo de parte del Señor y envíe al Mesías destinado para ustedes, a Jesús" (Hch 3,20). Las primeras comunidades de lengua aramea acababan sus reuniones con la siguiente invocación: *Marana tá*, que significa "Ven, Señor". Pablo por su parte mantiene esta invocación en sus comunidades (1Cor 16,22), y con ella concluye el Apocalipsis: "Ven, Señor Jesús" (22,29). Así pues, si entendemos correctamente el mensaje cristiano,

nosotros somos los que vivimos en la espera esperanzada del Señor. La diferencia con los judíos mesiánicos está en que para nosotros ese Mesías y Señor a quien esperamos y hacia quien caminamos es Jesús de Nazaret, mientras que para ellos no tiene ningún nombre.

Sin embargo, ambos sostenemos que el Mesías es nuestro por-venir. ¿Y por qué esperamos al Mesías de modo que esta esperanza sea tan honda y totalizadora que caracterice nuestro talante vital? Porque, viendo este mundo con los ojos de Dios, que lo ha creado a su imagen con el designio de que la humanidad llegara a ser su pueblo y él su Dios, concluimos que este mundo está desquiciado y deshumanizado. Y no nos resignamos a que el designio de Dios se frustre, la vida se degrade y los seres humanos seamos tan inhumanos. No nos resignamos porque tampoco se resigna Dios. Dios no se resigna porque sabe que lo que vivimos no expresa las mejores potencialidades que él puso en su creación. No se resigna porque nos quiere y le duele que tantos millones de personas no tengan medios para vivir ni organización social para producirlos, y que tantos otros se deshumanicen al producir sólo para ellos mismos, borrando a los demás de su mundo de vida.

El mesianismo se basa precisamente en su promesa de que habrá un mundo donde habite la justicia, donde los pueblos colaborarán entre sí y asumirán su diferencia como riqueza compartida, donde la armonía interna de los seres humanos redundará en armonía con los demás seres creados, donde no nos endiosaremos a nosotros mismos ni a las obras de nuestras manos, sino que conoceremos a Dios y esa relación íntima y gratuita con él nos constituirá en hijos suyos y a él en nuestro Dios y Padre.

Quiénes esperan y quiénes no y por qué

Es claro que ni el imperio cristiano ni la institución eclesial establecida, es decir, instalada en este sistema deshumanizador, ni los cristianos que lo usufructúan, ni, por supuesto, el sionismo ligado a las corporaciones trasnacionales, pueden ser mesiánicos. Ellos no pueden tener esperanza. En lo que esperan es en que no haya nove-

dad, es decir, que dure lo que existe y se expanda sin término. Una Iglesia así no tiene evangelio, huye de todo evangelio porque recela de toda auténtica novedad. No la necesita porque, dentro de lo que cabe, está bien. Y la teme porque tiene miedo de que se altere un orden en el que, en medio de todo, le va bien o, para ser más modestos, no le va mal.

Este cristianismo y judaísmo antimesiánicos se resignan al actual estado de cosas. Es verdad que tratan de ayudar a los pobres y denuncian los abusos. Pero creen que no se les debe pasar la mano para que no se eche todo a rodar. Se resignan sobre todo porque les va bien; pero no menos porque carecen de esa actitud básica que cualifica a alguien como realmente humano y que llamamos corazón o misericordia. Quien se resigna es porque no tiene corazón. Ésa es la verdad.

¿Quiénes son sensibles a las promesas de Dios y a la esperanza que engendran? Dos tipos de personas: ante todo los excluidos, los que no tienen trabajo estable y productivo y carecen de seguridad social, de servicios básicos y no llegan a poseer los mínimos vitales. En nuestro país superan el 40%. También los que sí llegan a los mínimos vitales, pero apenas pueden conseguir lo que se estima básico para una vida realmente humana, que actualmente son como el 38%. A esas personas les suenan bien esas promesas de Dios, pero temen abrirse a ellas para no desilusionarse del todo. Cobrar esperanza es muy hermoso: ilumina la vida y la dinamiza. Pero como la experiencia no da para tanto, se necesita mucha fe en Dios para abrirse a sus promesas.

El segundo tipo de personas que se abre al mesianismo es aquél que ha captado la miseria humana de vivir sólo para sí, atendido a sus preferencias. Este tipo de persona ha comprendido que el camino para reintegrar su humanidad pasa por el camino de integrarse solidariamente a la humanidad. Percibir que no hay desarrollo humano personal que no incluya el desarrollo de los demás da alegría; pero a la vez se capta que pasarse a este horizonte tiene tremendos costos y que sobre todo uno no sabe dónde va a ir a parar. Por eso, se necesita mucha fe en la fuerza de Dios y en la unción de su Espíritu para decidirse a salir de la propia casa.

Resurrección de Jesús y mesianismo

Sin embargo, un cristianismo, es decir, mesianismo, antimesiánico ¿puede seguirse llamando congruentemente cristianismo? La proclamación de la Pascua consistió en que Jesús no había quedado en el pasado, no seguía muerto ("ha resucitado": Mc 16,6); pero también afirmaba que él no está en el presente ("no está aquí": id.); él "volverá" (Hch 1,11). Él ha sido resucitado por Dios porque su misión no ha terminado. Jesús ha sido resucitado porque es una persona con futuro. En la resurrección "Dios ha constituido a Jesús Señor y Mesías" (Hch 2,36). Si Jesús es el Mesías, le falta propiciar los bienes mesiánicos, hacer que se cumplan las promesas de Dios. ¿Cómo podemos decir que ya vino el Mesías si la creación está degradada, si los seres humanos no somos hermanos, si por eso no hay posibilidades de vida para la mayoría de la humanidad, si no aceptamos que Dios sea nuestro Dios?

Una respuesta sería que en efecto el Mesías vino y predicó la inminencia del reino de Dios como realización de sus promesas y lo hizo presente con sus palabras de vida eterna, con sus signos liberadores y con su solidaridad gratuita. Pidió convertirse a ese Reino que en él se incoaba. Y en efecto mucha gente comenzó a caminar a su luz. Pero los jefes religiosos y políticos, que querían a toda costa que siguiera la normalidad establecida, lo asesinaron. Al asesinar al Mesías, se acabó el mesianismo. Ya no hay esperanza. La vida es esto que vamos haciendo. Pretender cambiarla es una ilusión. Sólo nos queda jugar este juego, y, para los creyentes que crean en eso, esperar una recompensa en otra vida, si jugaron el juego como Dios manda.

Quiénes creemos en la resurrección de Jesús no podemos aceptar este modo de ver las cosas. La resurrección de Jesús significa la escatologización de la propuesta de Jesús: ella es la última palabra de Dios para toda la humanidad. Así pues, el reino de Dios y su justicia es a la vez la promesa de Dios y el horizonte de vida de los que se convierten a ella. Claro está que el reino de Dios no es una utopía en el sentido preciso de una construcción social conceptualizada y representada; tampoco se va a él por medios políticos, en definitiva por el uso de la fuerza (se

supone que justa) como garantía del cumplimiento de la ley. Pero convertirse al Reino sí incluye poner la propia vida en que haya posibilidad de vida para todos como expresión de fraternidad, la fraternidad que nace cuando los seres humanos recobran su humanidad y caminan humildemente delante de su Dios. Poner la vida en todo esto con la esperanza incommovible en su fecundidad, es decir, en que Dios acabará dando cumplimiento a lo que comenzamos por su inspiración, por dar fe a su palabra y por creer en su promesa.

El espíritu del resucitado y la construcción del Reino

No sabemos en absoluto cómo dará Dios cumplimiento a sus promesas; por eso ningún proyecto histórico y ninguna utopía son capaces de contenerlas, y no pueden pretender su certeza y su sacralidad. Sin embargo, si el Mesías resucitado envió su Espíritu sobre toda carne, sí tiene que ser posible anticiparlo como Jesús en signos liberadores, en acontecimientos

que lo contengan en ciernes, en movimientos que vayan en esa dirección, y sobre todo, sí tiene que ser posible constituírnos en obediencia a su impulso en hijos del Reino, en herederos de las promesas.

En esta historia el Espíritu del Mesías va gestando el Reino. Vivimos en un ordenamiento económico y político que no solamente no lo conoce sino que lo ha rechazado, ya que no se asume en su desnuda funcionalidad, sino que absolutizándose y poniendo a las personas en función de él, se autodivina, convirtiéndose en fetiche que causa víctimas. Pero en los intersticios que deja este ordenamiento, y aún en medio de él, sigue actuando el Espíritu de la humanidad de los hijos de Dios. Él mueve a cada ser humano, a nadie deja por imposible. Percibimos la ley de hierro de este sistema; pero, si somos cristianos, tenemos que creer en que está actuante la fuerza superior del Espíritu del Crucificado resucitado que, si a diferencia de la otra no violenta nuestra libertad, sí es capaz de triunfar en ella.

Entregamos a secundar el impulso del Espíritu es negarnos a confinarnos en este horizonte antiutópico de la guerra de la competencia para que prevalezca el mejor posicionado. Es creer que es posible que seamos humanos y nos organicemos como tales. Y es sobre todo poner la vida en esa dirección trabajando en ello como si todo dependiera de nosotros, como si Dios no existiera, y esperándolo todo de la promesa de Dios. Eso es vivir mesiánicamente: trabajar con toda el alma en hacerse humano según el paradigma de Jesús de Nazaret y en procurar que el mundo lo sea, con la seguridad de que Dios acabará dándonos como don esa humanidad a la que nosotros nunca llegamos, aunque tal vez por momentos la atisbemos y nos acerquemos a ella.

Sólo estos cristianos pueden clamar con verdad, es decir, con todo de su corazón y con entera confianza la petición que nos legó Jesús: "venga a nosotros tu reino".

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO. DIRECTOR DEL CENTRO GUMILLA



Librería del BCV

BCV

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

El Banco Central de Venezuela, como un aporte a la divulgación del conocimiento económico, invita a visitar la Librería del BCV en su Sede de Caracas y en la Subsele de Maracaibo, donde usted podrá encontrar...

Entre otros temas...

- Estudios monetarios y cambiarios
- Macroeconomía
- Microeconomía
- Economía para el desarrollo
- Banca central
- Derecho bancario
- Numismática
- Administración
- Economía para niños

También podrá adquirir...

- Monedas y medallas conmemorativas y numismáticas

Caracas

Torre Financiera BCV,
Planta Baja. Av. Urdaneta
Esq. Santa Capilla, Caracas
Telfs.: (0212) 801.5514 / 5507 / 8380 / 5235

Correo electrónico: dppjef@bcv.org.ve

Además, publicaciones del...

- BCV
- Prud
- Cendes
- Ceela
- UCV
- ULA
- Universidad de Carabobo
- Ucab
- Iesa
- Ediluz
- Fondo de Cultura Económica
- Mc Graw Hill
- Nueva Sociedad
- Monte Ávila ...entre otras editoriales

Maracaibo

Edif. BCV, Torre Sur, 1er Nivel
Calle 97 con Av. 4,
Maracaibo, Edo. Zulia
Telfs.: (0261) 725.23.08

BCV www.bcv.org.ve